

PALABRAS DE RAÚL ZAFFARONI

José María Serna, Olga Islas de González Mariscal, Sergio García Ramírez, Luis Arroyo Zapatero, queridas y queridos colegas, señoras, señores, amigas y amigos todos: entiendo que se me convoca al alto honor de ocupar esta tribuna en esta oportunidad, como uno de los invitados de los que venimos de lejos. Quiero expresar, ante todo, mi más calida felicitación al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Autónoma de México y le ruego al doctor Serna la gentileza de transmitir esta felicitación al señor director. Quiero felicitar muy especialmente a quienes supongo, que ha sido sobre quienes recayó el mayor peso de la organización del mismo a Olga Islas y a Sergio García Ramírez, felicitarlos a todos por la magnífica organización, por la jerarquía de los ponentes, por la calidad de las exposiciones, pero fundamentalmente por otras dos razones: por el espíritu que ha presidido el Congreso, en primer término, y por la cordialidad y el calor humano con que hemos sido recibidos y atendidos los invitados y participantes en el mismo.

En cuanto a lo primero: el espíritu rector del Congreso, creo que realiza el viejo lema, la profecía de José Vasconcelos: “Por mi raza hablará el espíritu” —yo se que siempre que se habla de espíritu se habla de algo complicado—. Vasconcelos hablaba de que hablará el espíritu de la humanidad por mi raza; él hablaba de la raza cósmica, hoy diríamos por mi cultura, hoy hablaríamos de una cultura cósmica; quizás fuera más adecuado.

El espíritu era el espíritu de la humanidad, era el *geist* hegeliano —sólo que ponía a Hegel de cabeza, y creo que con razón—. Era el espíritu de este crisol cultural, de este mosaico interactivo de culturas que es, lo que nuestro Manuel Ugarte llamaba, nuestra patria grande, nuestra América Latina. De esta América Latina, esta patria grande en cuyo suelo se han protagonizado mil guerras, mil crímenes, mil gestas y con profundísimo dolor va surgiendo esta cultura latinoamericana, esta cultura cósmica para el mundo que es nuestra cultura plural, nuestra cultura pluriétnica, nuestra cultura sincrética.

Cultura que se abre al mundo alimentada por el puro dolor, cultura que vamos aprendiendo y vamos creando: nuestro propio camino de respeto a la dignidad de la persona humana. Hoy vemos que cuando en el resto del mundo, y principalmente en los países que se ponían a la cabeza del *geist* de Hegel —antes de que Vasconcelos, en sus buenos tiempos, lo diera vuelta— en estos países, a veces la cultura del respeto a la dignidad de la persona humana parece opacarse, o a veces ponerse un poco en duda.

Parece que hay quienes protagonizaron grandes momentos de dolor, se olvidaron del duro dolor que nosotros tenemos presente y que aún sufrimos en gran medida. La presencia del dolor nos impide a nosotros el olvido de esa construcción difícil de la dignidad de la persona.

Cuando hablo del espíritu del Congreso, hablo justamente de eso, podemos coincidir o disentir, pero en el espíritu del Congreso estuvo la dignidad de la persona humana, la búsqueda de garantías, la puesta de límites al poder, eso fue el signo, ése fue el espíritu rector del Congreso. Hemos traído al Congreso preocupaciones nuestras, hay extrañas preocupaciones, en extrañas tierras. Cerrando este Congreso cabría preguntarse si la profecía de Vasconcelos se está haciendo verdad, si el lema de la UNAM se esta haciendo verdad, y quizás sí.

En cuanto a lo segundo: al agradecimiento por la hospitalidad, la cordialidad, el calor humano, la invariable generosidad mexicana, quizá no sea yo el más indicado para expresar la gratitud y mucho menos para hablar en términos de despedida. Creo que para eso debieron elegir a otro. La verdad es que yo no dejo de agradecerle nunca a México todo lo que recibí a lo largo de mi vida, de modo que esto sería un eslabón más de agradecimiento. Y despedida, nunca me despido, como que cruzo una calle de México, como que camino por Insurgentes, como que veo Reforma, como que llego a la UNAM. ¡bueno es lo mismo! Siento la misma sensación que cuando atravieso la calle de mi barrio, en el que me crié y en el que sigo viviendo. Creo que nunca me he ido del todo y creo que el tiempo a veces acá se detiene, no es que tenga una alteración de la sensopercepción. Si me interroga un psiquiatra voy a saber el avión, el aeropuerto, el taxi, el hotel. Sé que estamos en junio del 2006, estoy ubicado en tiempo y espacio, pero si camino por la Facultad de Derecho de la UNAM y digo por que están estos nombres en estos carteles, y los cruzo, cruzo al maestro Porte Petit, creo que voy a llegar al seminario y

me voy a encontrar con Olga, con Elpidio, con la lógica matemática, con el maestro Porte diciéndome de todo. Con todas esas cosas y veo y digo: ¿por qué no tienen acá al maestro Quiroz? Si no lo veo será porque ha de estar en una mesa con su amigo, allá en el Sanborns de los Azulejos, discutiendo alguna cosa rara, en una esquina de una mesa con Gómez Robledo,

¡Qué se yo! Pero insisto, no es una alteración de la sensopercepción, no lo tomen así, de modo que no puedo despedirme, soy el que menos condiciones tiene para despedirse, puedo decirles muchas gracias, una vez más, muchas gracias, lo he dicho muchísimas veces, y simplemente lo que puedo decirles, bueno, pues bien, nos estamos viendo.